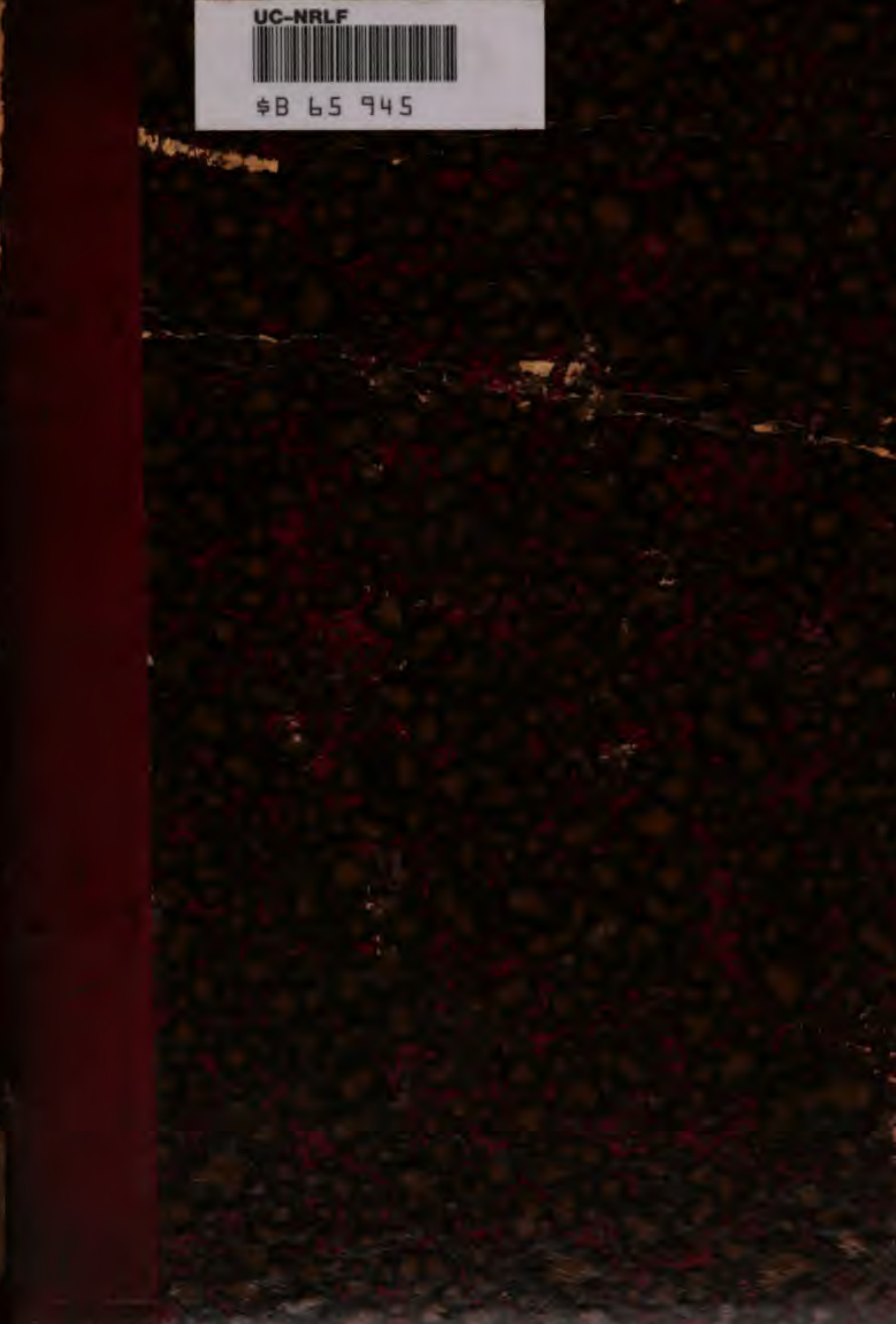
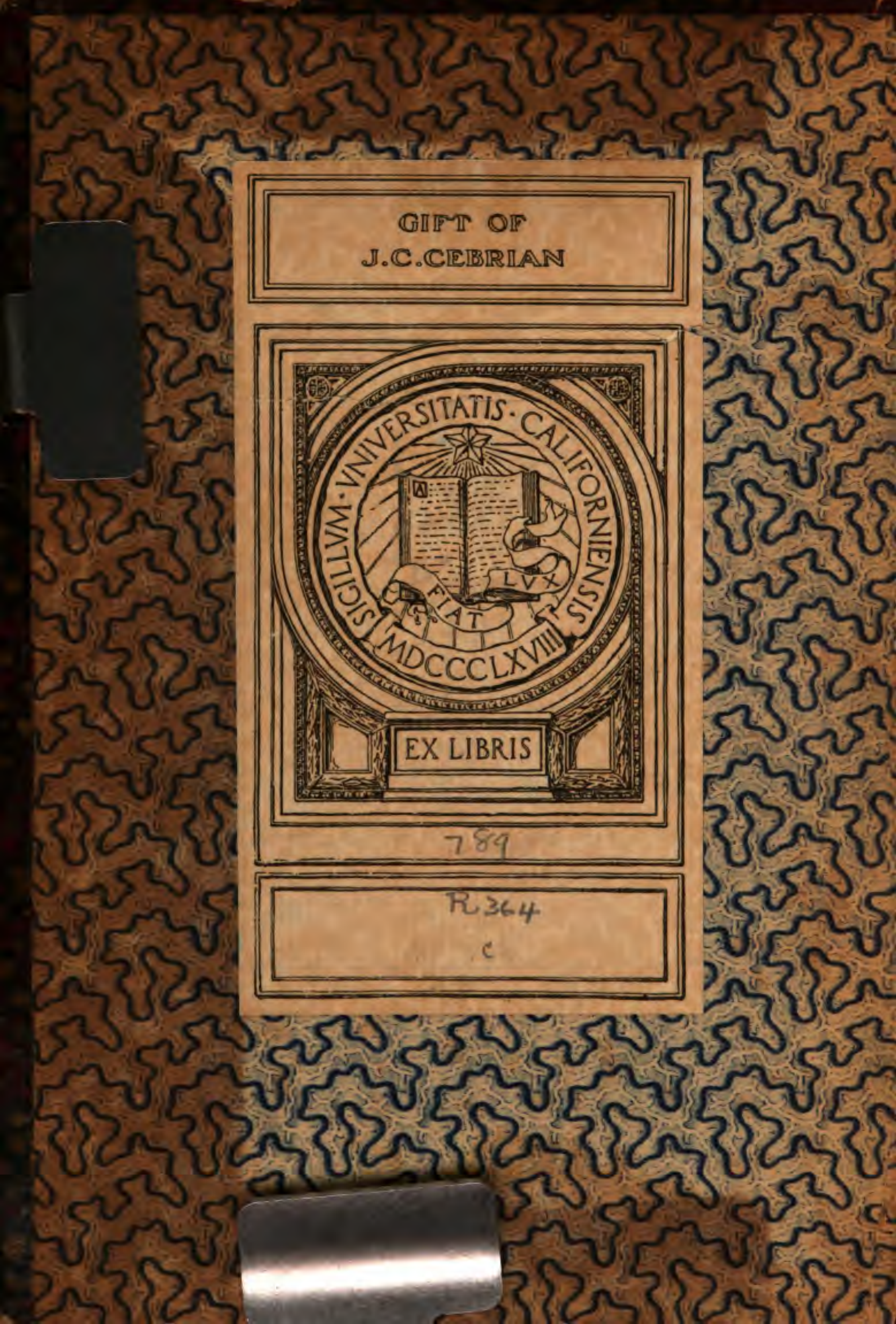

UC-NRLF
$B 65 945



GIFT OF
J.C.CEBRIAN
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
789
R364
c



CROMOS Y ACUARELAS

(CANTOS DE NUESTRA ÉPOCA)

MANUEL REINA

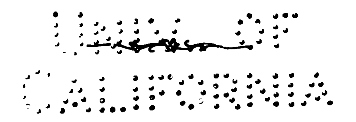
CROMOS Y ACUARELAS

(CANTOS DE NUESTRA ÉPOCA)

CON UN PRÓLOGO

DE

JOSÉ FERNANDEZ BREMON



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1878

PRÓLOGO.

Pocos dias hace, despues de haberme leido la *Introduccion* poética de su libro, me preguntaba Manuel Reina, muy dispuesto á arrancar aquella página: ¿Resulta inmodesta la composicion? ¿Parecerá soberbio que me declare yo poeta?

La humildad con que me hacía la consulta demostraba que por lo ménos hay dos mundos en la esfera del pensamiento humano: el poético, libre, vago, nebuloso y con su lógica especial como en los sueños, y el que llamamos real, donde las ideas corren más encauzadas, aunque desemboquen con frecuencia en el absurdo.

—Hablando en prosa le contestamos: no hubiera V. debido titularse poeta, sino esperar á que otros lo dijeran; pero el verso admite á veces la licencia de manifestar francamente la verdad entre ficciones accesorias: cuando V. dice en bellísimas estrofas

Soy poeta: al rumor de las naciones
las cuerdas de mi cítara se templan;
lloro en el negro mundo de las tumbas,
rio en la bacanal, trueno en la guerra.
El amor y la patria son mi vida,
el corazon humano mi poema,
mi religion la caridad y el arte,
la libertad sublime mi bandera.

—Es poeta, contestará el lector al concluir esas estrofas, ¿por qué no ha de decirlo? Si en vez de escritor fuera escribano, ¿tendria inconveniente en revelar su profesion? Más violento resulta, considerado friamente, que el gran poeta

Zorrilla se llame en sus versos abeja, flor y pájaro, y justifica su ficcion con versos de innegable dulzura, vistosos como ramas en flor y elevados como el vuelo de las águilas. Además, el eminente literato D. Juan Valera supone dotado al escritor de cierta virtud ó santidad intelectual que, modificando en el momento de la inspiracion su habitual naturaleza, le convierte en intérprete sincero de las ideas que concibe y desarrolla. Aceptando la teoría, resulta que cuando el autor de los cantos del Trovador se supone pájaro, es indudable que lo fué en el momento de escribir, y que si se hubiera sacudido al terminar sus versos habria llenado de plumas el despacho.

Veintidos años de edad tiene el autor del libro en que escribimos este prólogo, y su nombre es ya estimado y popular; la circulacion rápida de sus poesías firmadas en Puente Genil é insertas en los principales periódicos de la corte, demuestra

la injusticia de las federaciones regionales contra el supuesto monopolio literario de los escritores de Madrid. ¿Hay acaso literatura madrileña? Los publicistas de más fama, los que dominan en el teatro, en la prensa y en el libro, sólo por rara excepcion son madrileños: Madrid acoge y eleva á todos los que valen, sin prevencion y sin pedir fés de bautismo; sus injusticias son las inherentes á toda accion humana, y siempre involuntarias. Manuel Reina es un ejemplo; ¿ha necesitado abandonar siquiera su provincia para darse á conocer? Una sola composicion, *La música*, que revelaba estro poético y originalidad de estilo, le abrió las columnas de las revistas ménos accesibles. ¿Qué otra cosa desean los literatos de provincia, que no deseen tambien y que no obtengan de su profesion los literatos de Madrid?

Debo declarar sinceramente que la acogida hecha á Reina no es la más usual, porque no

es tampoco frecuente la aparicion de versos que tengan poesía. Tan cierto es esto, que un prosista de gran ingenio ha llegado á afirmar, cansado sin duda de leer versos prosáicos, que la prosa es la poesía del siglo XIX. Y conste que el Sr. Fernandez Florez no lo ha dicho por carecer de facultades, pues las posee en alto grado de rimador fácil y elegante. Pero como indudablemente la prosa obedece mejor al pensamiento que el verso en los idiomas vulgares, donde la traba de la rima dificulta la expresion sencilla y natural, que es la mayor gala del lenguaje y el decorado mejor de las ideas, mi amigo Florez se ha decidido abiertamente por los partidarios de la prosa, y como Alfonso Karr, demuestra la doctrina con el ejemplo escribiendo con verdadesa poesía. Sin embargo, estas cuestiones de gusto son de las pocas que resuelve con acierto el sufragio universal, saboreando á la vez con deleite los versos de Zorrilla, Nu-

ñez de Arce y Campoamor, y la prosa de Castro y Serrano, Valera y Alarcon, como admira á la vez las esculturas y los cuadros. La poesía no resulta de tal ó cual procedimiento, sino que se recoge allí donde ha brotado. Hay momentos en que la rima más difícil se doblega tan dócilmente á la voluntad del poeta, que la prosa más rica no obedeceria con tanta verdad y precision al pensamiento; pero en cambio, necesita muchas veces el poeta recurrir á circunloquios para dar naturalidad á la frase, y llenar de palabras los huecos que no cubren las ideas, defectos que el vulgo no percibe y dañan á los oidos delicados. Si vencer mayores dificultades se juzga mayor mérito, el triunfo es del rimador sobre el prosista, cuando aciertan uno y otro. Si el mérito reside en el valor intrínseco de las obras de arte, como creemos, la cuestion no se resuelve. Y si no, que se nos diga qué versos castellanos son preferibles á la prosa del *Quijote*.

La poesía es á veces independiente de la forma, otras veces es la forma misma. Hay poesía en el vago embrion del pensamiento que se desvanece por falta de expresion adecuada: Becquer la descubre hasta en los objetos más humildes; en la naturaleza, en la sociedad, en las pasiones humanas, en lo pasado, en lo futuro, cerca y léjos hay manantiales de poesía inagotables: y abundando tanto esa esencia misteriosa, donde ménos se suele encontrar es en los versos. ¿Qué mérito hay en los de Reina? Lo hemos dicho ya. Que siendo versos tienen generalmente poesía.

Si no temiera disgustar á los poetas, diria que la poesía es un instinto sublime, pero vago y preciso á la vez como todos los instintos. Acaso sea en su expresion algo más elevado, una especie de lenguaje nativo que aprenden sin esfuerzo los poetas y sólo con gran trabajo hablan torpemente los demás: si es así, al admi-

rarnos de que algunos posean esa cualidad muy jóvenes, como el autor de este volúmen, incurrimos en la inocentada del hidalgo portugués. El arte enseña despues las delicadezas y galas de la forma; el estudio aumenta el caudal de las ideas; la experiencia educa el gusto y da solidez al raciocinio. Todas estas cualidades realzan y hermosean la poesía natural, pero sin éstas, se formarán versificadores concienzudos y elegantes, no poetas; en cambio, basta la frescura y el aroma de la inspiracion para dar cierto encanto á composiciones defectuosas é incorrectas.

Un escritor de gran mérito y competencia, D. José de Salvador y Salvador, presentó al público por vez primera á D. Manuel Reina en el prólogo del libro *Andantes y alegros*; clasificado sábiamente nuestro poeta, no insisto en un trabajo hecho á conciencia, y el cual sólo podria ya glosar. Esto me evita, por otra parte,

entrar en un terreno donde se resbalarian mis piés probablemente, equivocando la rotulacion que corresponde al Sr. Reina.

El jóven poeta se halla, á mi juicio, en un período de vacilacion que no permite todavía calcular el rumbo cierto que ha de seguir su talento: fluctúa entre la poesía oriental de imágenes brillantes y el sentimentalismo poético moderno; y esta mezcla se revela, no en poesías tan diversas como la hermosa *Cancion árabe* y la no muy feliz imitacion de los pequeños poemas de Campoamor, sino áun en composiciones donde se confunden los dos géneros. Dice el moro á su caballo en aquella bellísima cancion, llena de elegancia y ligereza:

Por *ella* están tus crines rizadas y sedosas
y brilla tu herradura,
y está por manos hábiles en sedas muy lujosas,
bordada de guirnaldas, de pájaros y rosas
tu espléndida montura.

Género que forma gran contraste con el de *La jóven de los ojos negros*, cuyo tono es sentimental y afrancesado.

¡Qué triste está el mundo!
¡Qué triste está el cielo!
¡Qué triste se encuentra mi madre! y en cambio,
¡qué alegre mi pecho!

Repasando el libro, se observa á cada instante alguna muestra, ya de la flexibilidad de su númen para cambiar de tono, ya de falta de fijeza para establecerse todavía y, por decirlo así, tomar estado poético: si bien esta vacilacion es muy frecuente en los poetas contemporáneos: el mismo Sr. Nuñez de Arce, cuya naturaleza enérgica y romántica está tan determinada, se complace á veces en mudar de estilo, adoptando la pura forma clásica de su famoso *Idilio* para dar á sus creaciones mayor

variedad y herir en el corazon distintas fibras. En el novel autor se explica de otro modo: rara vez sucede que el escritor en sus primeros pasos, aunque revele las cualidades más salientes de su talento, acierte con el género natural que debe cultivar, como sucedió á Zorrilla: Espronceda empezó haciendo poesías clásicas: los primeros versos de Campoamor fueron tiernos y eróticos, es decir, lo contrario de lo que debia ser su personalidad espéctica y burlona. Generalmente los primeros versos no se toman en la fuente de la realidad poética, es decir, en la naturaleza, modificada y embellecida segun el organismo artístico del autor, sino en los escritores cuyas obras admira: Reina percibe hoy la poesía reflejada de los líricos contemporáneos más brillantes, como los ya citados, y Víctor Hugo, Heine, Schiller, Becquer y otros, resultando de estos elementos una nueva individualidad aún indeterminada, pero en la cual se

ven revelaciones luminosas. De aquí el cantar esos desengaños, que no puede haber sufrido, pero que siente con sinceridad, pues responden á la necesidad de dar forma á sus penas y revelar los dolores y desfallecimientos de su alma; son los presentimientos de desengaños que vendrán: de aquí el que en distintas composiciones se complazca en evocar el tipo moderno y universal de la hermosura manchada por el vicio, reflejo ó más bien degeneracion humana del architipo celestial del ángel caido, y cuya poesía se impone hoy á la imaginacion con su tristeza y hermosura: de aquí, por último, que el libro sea á la vez árabe y aleman, mezcla de luz y sombra, sin unidad de tono, y simpático por su misma vaguedad.

Ya el Sr. Reina se inspira en el inmoral espectáculo de la orgía, por ser la orgía uno de los asuntos poéticos de la musa moderna, y como si lo inmoral, flotando en la atmósfera del

arte, tuviese en la imaginacion prestigio funesto, en *El vino extranjero*, donde

Desatados los bucles de oro,
desnudos los pechos
diamantinos, redondos, y blancos
cual flores de almendro...

se ofrece un espectáculo de los más libres, la composicion es, sin embargo, una de las que tienen mejor forma y colorido, miéntras el poeta decae en asuntos más morales. A veces, contagiado por la melancolía de Becquer, dice ante *La lira rota:*

Las cristalinas gotas de rocío
que en sus hilos metálicos brillaban...
no sé por qué misterio
me parecieron lágrimas.

ó imita el estilo metafórico del siglo XVII, como en el romance dedicado *A una dama:*

Lunar, lunar que parece
negra perla en una concha;
crespon en cielo de nácar;
boton de bella amapola.
Bajel de ébano, agitado
por blancas y henchidas olas;
negro broche que sujeta
el armiño de sus formas.

hasta que de repente usa una imágen que tiene ya sabor moderno:

ojo que por el calado
de blanca mantilla asoma.

En la poesía *Napoleon,* ya por la ligereza propia del romance heptasílabo, aumentada por la sobriedad de la diccion, ó por el carácter de las figuras que emplea, el autor toma otra forma, y no de las peores.

Fué su corcel el rayo;
su espada la tormenta;

su escudo el Pirineo;
su pabellon la guerra.
El genio fulguraba
en su mirada intensa,
y en su cerebro hervian
relámpagos é ideas.

No sé por qué, el poeta me parece en esta composicion como en su terreno propio. ¿Será que siente con más verdad el entusiasmo que el dolor? Prosigo exponiendo las fases diversas de su talento. No es la ménos curiosa la que revela un cuadro tomado del natural seguramente, y que constituye un verdadero género; me refiero á la *Acuarela*, composicion original, delicada y de un gusto exquisito: es una impresion poética, que teniendo el sabor popular de un cuadro andaluz, resulta idealizada, bella y elegante: en efecto, es frecuente en Andalucía, y es hermoso, que se declaren los amantes por medio de una copla, y hay coplas de profundo

sentimiento: aquellos gitanos podian figurar en una acuarela de Fortuny, cuando el de tez muy bronceada, despues de mirar á la gitanilla que está solita en el mundo,

> lleva á sus labios rojos
> una brillante caña,
> apura el contenido,
> besa el cristal y canta.
> —Yo no tengo padres,
> amigos ni patria,
> pero sí canciones que derraman llanto
> y un pecho que ama.

Hemos dejado para lo último las definiciones en endecasílabo, por ser las que más ha prodigado el Sr. Reina, ya por inclinacion natural, ya por ser la forma con que se dió á conocer y obtuvo su primer éxito. Así como en los versos de ocho sílabas, especialmente siendo aconsonantados, es en los que manifiesta ménos

soltura, en los endecasílabos con asonante se ostenta en su mayor gallardía. Acaso el autor atribuye á la definicion lo que es mérito principalmente del estilo, y por eso las repite con frecuencia, en vez de usar ese metro en composiciones variadas, donde no tenga que sacrificar á la simetría de la estrofa los conceptos, alargando ó disminuyendo la definicion, porque así lo exige el número de versos. Ello es que, en este género, iniciado por nuestro autor, es donde manifiesta sus principales dotes de poeta, como lo prueba, por ejemplo, la síntesis que hace de la escultura:

Es la forma; es el arte que de un mármol
una figura celestial arranca;
el alma de infinitas religiones;
Aténas floreciente y decantada;
el abultado pecho de la hermosa;
el altivo palacio y la montaña;
la obra que Dios, artífice supremo,

fabricó, poderoso, de la nada;
el espectro que llora en las ruïnas;
el plano entero de la hermosa Italia;
la lluvia, en fin, cuyo cincel de gotas
la verde espiga de la tierra saca.

Reina siente este metro, dándole gran frescura y poesía: en él oye

el alegro monótono que entona
la bola de marfil en la ruleta;

y ve en la estacion de verano

helados, mecedoras y verbenas;

en otoño

árboles que parecen esqueletos,
nidos abandonados, hojas secas;

en la poesía de Zorrilla

el negro cláustro,
oriente con sus perlas y sultanas
y el rechinar del puente levadizo

y en las de Nuñez de Arce,

> el rugir de los pueblos desbordados,
> de un titan los gemidos y las lágrimas,
> y el terrible lamento de los dioses
> caidos de los cielos y las aras

podria estar citando bellezas mucho tiempo, lo cual sólo conduciria á repetir el libro.

Resumiendo: el mismo Reina, tan aficionado á la definicion, no podria hacer la suya propia. El lector ve que no hago el panegírico de un libro, sino un juicio imparcial. Mezcla de bellezas y defectos, un censor adusto, arrancaria alguna poesía rebuscada ó de corto valor que desmerece del conjunto de los Cromos y Acuarelas; pero tendria que confesar, sin duda alguna, como me enorgullezco en declararlo, que su autor es un poeta, con sus vuelos y caidas, momentos de inspiracion y de amaneramiento. En unas partes robustez y sonori-

dad en el estilo, á veces la rima se resiste y se hace trabajosa, alguna frase pueril se atraviesa en períodos de gran nervio, constituyendo grandes bellezas y defectos que no oscurecen nunca las buenas cualidades del poeta.

Nótase en su estilo elegancia y distincion espontáneas y una ligereza que no da lugar nunca al cansancio. Como si temiese molestar á sus lectores, apénas se detiene en los asuntos que desarrolla en rápidas y animadas impresiones, á manera de relámpagos: si las ideas no sorprenden, hay en su paleta colores vivos que combina con gran arte: en sus armonías gran variedad de tonos, y en sus versos la seduccion irresistible de la música. Y hay sobre todo en los CROMOS Y ACUARELAS, título que nos parece propio y poético, gérmenes y revelaciones de nuevas formas de bellezas y el presentimiento de una evolucion que ha de venir á dar nueva sávia á la agotada poesía.

Cansada del prosaismo de la vida, siente el alma necesidad de refugiarse alguna vez en la lectura de estos libros en que los soñadores como Reina, nos trasportan á otro mundo donde las hermosas bogan en bajeles nacarados, ó se desvanecen al querer abrazarlas como la flotante niebla de los lagos; gusta oir al poeta pedir con entusiasmo su caballo de batalla para ondear la bandera de la patria, é internarse con él en las esferas ideales, pobladas de figuras poéticas y decoradas con todo el lujo de una imaginacion derrochadora. Idear bellezas es la ocupacion más noble del espíritu: así como el sol difunde su luz de cuerpo en cuerpo, distribuyendo calor y claridad, las irradiaciones luminosas del poeta se extienden de cerebro en cerebro como ráfagas de luz, esparciendo el flúido estético, alumbrando las imaginaciones oscuras y determinando en ellas inesperados resplandores.

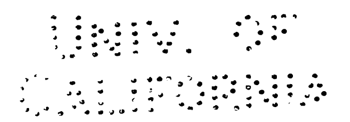
«¡Un poeta más!» Dirá el positivismo en-

cogiéndose de hombros. «¡Otro soñador!» Pues qué ¿los sueños son tan indiferentes en la vida, cuya tercera parte llenan? ¿Acaso la naturaleza, agotando nuestras fuerzas y cerrando nuestros párpados no nos impone la obligacion diaria de soñar? Algo grande representan para el alma, cuando busca su reposo cotidiano en sus vaguedades y sus nieblas. ¿Serán la preparacion de la otra vida, cuyos misterios nos aturdirian sin estas revelaciones, sin esta educacion de lo fantástico? Una de dos; ó somos simples máquinas, en cuyo caso, preciso es confesar que el mecanismo más admirable por su idealidad es el del poeta, ó tenemos alma inmortal, y entónces, el tránsito de esta á la otra vida se realizará ménos bruscamente, cuanto más atencion nos merezca lo ideal. Por asombroso que sea el otro mundo, el poeta, al morir, se encontrará allí como en su casa. En cambio ¡qué aturdimiento y confusion sentiria al hallarse en

las regiones inmortales quien pasa á ellas desde la vida prosáica y ordinaria, si la naturaleza no le hubiese dicho cada dia: «¡Desdichado, duerme y sueña!»

Abramos, pues, los brazos á Reina, al nuevo soñador, que desdeñando la pasajera realidad, nos muestra un nuevo aspecto de lo ideal, es decir, de lo definitivo y permanente.

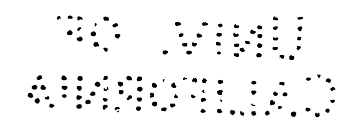
José Fernandez Bremon.



INTRODUCCION.

> Hijo soy de mi siglo,
> y no puedo olvidar que por el triunfo
> de la conciencia humana,
> desde mis años juveniles lucho.
>
> NUÑEZ DE ARCE.

Soy poeta: yo siento en mi cerebro
hervir la inspiracion, vibrar la idea;
siento irradiar en mi exaltada mente
imágenes brillantes como estrellas;
El fuego abrasador de los volcanes
en mi gigante corazon flamea;
escalo el cielo, bajo á los abismos,
rujo en el mar, cabalgo en la tormenta.



Soy poeta: mi espíritu se escapa
de la mezquina cárcel de la tierra,
y sobre otros espacios y otros mundos
tiende sus alas de águila altanera.
Bebe la luz en la mansion del rayo;
«atraviesa las órbitas etéreas,»
y el penetrante arpon de sus pupilas
recorre el panorama de la esfera.

—

Soy poeta: al rumor de las naciones
las cuerdas de mi cítara se templan;
lloro en el negro mundo de las tumbas,
rio en la bacanal, trueno en la guerra.
El amor y la patria son mi vida;
el corazon humano, mi poema;
mi religion, la caridad y el arte;
la libertad sublime, mi bandera.

—

Soy poeta: yo siento en mi cerebro
hervir la inspiracion, vibrar la idea;
siento irradiar en mi exaltada mente
imágenes brillantes; ¡soy poeta!

NUESTRO SIGLO.

¿Oís......? Es el silbar de los cañones;
el bote de la lanza en la cimera;
el grito atronador de la guerrera
trompa y el relinchar de los bridones.
Mirad en las murallas los pendones;
lagos de sangre son monte y pradera,
y extendidas están por la ancha esfera,
cual campos de batalla, las naciones.
La guerra es nuestro dios; sacrificamos
en el altar de la ambicion la vida;
la victoria de lauros coronamos,
sin ver nuestra razon oscurecida
que el paladin, que hoy héroe contemplamos,
mañana ha de pasar por homicida!

LA VÍ DOS VECES.

I.

La ví del severo templo
en el bizantino pórtico,
como azucena que brota
cabe un sepulcro grandioso.
Los rizos de su cabello
sobre el nacarado rostro
esparcidos, parecian
brillante reja de oro,
á la cual, grandes y azules,
asomábanse dos ojos.
La madre pobre y anciana
la contemplaba con gozo,

prodigándola caricias
y cuidados amorosos.
« Una limosna » la jóven
dijo con timbre sonoro,
y en su mano trasparente
puse mi dinero todo.

II.

La ví orlada de diamantes,
sumida en olas de seda,
al lado de un caballero
en lujosa carretela.
Era su faz de una diosa;
su vestido, de una reina;
y tanta luz despedia
como refulgente estrella.
Una limosna pidióle
una anciana con voz seca,
y la hermosa le entregó

muchas doradas monedas.
Alzó los ojos la anciana,
miró despacio á la bella,
y arrojándole el dinero
exclamó: ¡maldita seas!
te devuelvo, impura hija,
el precio de tu vergüenza!

TRES RUISEÑORES.

BARBIERI.

Ruiseñor cuyo canto es nuestra patria;
sus obras son el español poema;
el madrigal dulcísimo que cruzan
los amantes nocturnos en la reja;
el árabe cantar; el poderoso
grito de libertad é independencia;
el ritmo cadencioso y elocuente
que forman con sus pasos nuestras bellas;
la hermosa Andalucía; los fulgores
que en los cuadros de Goya centellean,
y el murmurar del aire cuando agita
la española bandera.

BECQUER.

Es su canto la luz: el horizonte
lleno de tristes sombras y de estrellas;
el gemido de un pecho destrozado;
los amores del lírio y la azucena;
el himno que murmuran las estátuas
en sus anchos sarcófagos de piedra;
la rosa y oro, espléndidos colores
que Ticiano ostentaba en su paleta;
el rumor de las hojas en otoño;
del cisne melancólico la queja,
y el silbido del viento entre los sáuces,
y las tumbas desiertas.

GAYARRE.

Es su voz mundo inmenso de armonía;
« el son valiente de la trompa épica; »
el suspiro de un alma enamorada;

las sonrisas; las lágrimas sangrientas;
el buril primoroso de diamante
que en el gastado corazon penetra;
el placer; la bondad; el sentimiento;
el perfume y color de las violetas;
las preciosas canciones de Petrarca;
el estridente grito de la guerra,
y un mar de luz y notas que en sus pliegues
arrastra ricas perlas.

MAYO.

—

De azul y plata adornada
está la ráuda cascada;
azul el ancho horizonte;
verde la hermosa enramada,
y la pradera y el monte.

—

Luce la lozana flor
sus perfumes y sus galas;
y entona cantos de amor
ese poema con alas
que llamamos ruiseñor.

—

Las arboledas sombrías
se cubren con verdes velos;
y báñanse, en armonías,

esas noches que son dias
y esos dias que son cielos.

—

El aire se halla inflamado,
y la hermosa con su amado,
à los rayos de la luna,
cruza en bajel nacarado
la brilladora laguna.

—

Todo es luz, brisas, colores,
ambiente, dulzura, calma,
pájaros, notas y flores.
Solo en mi pecho hay dolores
y desencanto en mi alma.

Mayo, 1878.



Á UNA MUJER.

Es de rayos de sol tu cabellera;
la línea de tu rostro seductora;
eres la encarnacion de la hermosura;
de las gracias la diosa.

La voluptuosidad, ave de fuego,
tiene por nido tus divinas formas;
y hay un cielo de esencias y rubíes
en tu risueña boca.

Sólo te falta el alma, hermosa mía,
no tienes alma, no: pero, ¡qué importa!
tampoco tienen alma las estrellas,
las perlas, ni las rosas.

À LA PATRIA.

¡Oh patria, patria mía!
deja que estalle un corazón ardiente
de sagrado entusiasmo; que la mente
vierta hermoso raudal de poesía
admirando tu espíritu eminente.
¡Oh patria! yo quisiera
que tuviese por lienzo tu bandera
ese grandioso y azulado velo
que tapiza la bóveda del cielo;
que como al gladiador ya moribundo
pisaba su contrario la garganta,
pusieras tú la vencedora planta
sobre el cuello del mundo;
que tus sagradas leyes

fueran lema de todas las naciones,
y ver rodar los extranjeros reyes
al pie de tus bridones.
Mas ¡ay! te miro herida;
la túnica flotante, desgarrada;
la pupila sin luz; la faz sin vida,
como bacante impura y desgreñada.
Dime, matrona insigne y desgraciada:
¿por qué tu nombre, un tiempo tan temido
y respetado, hoy yace en el olvido
de las demás naciones?
¿Por qué, por qué, si en los hispanos pechos
alientan indomables corazones?
Patria, recuerda tus preclaros hechos;
viste la cota de brillantes mallas
y apresta con fiereza y heroismo
el hierro vencedor en cien batallas;
recuerda que del mundo en las murallas
has grabado con sangre la epopeya
de tu valor y grande patriotismo.
Levántate, recoge el férreo escudo;
prueba al mundo admirado

que en la lucha sangrienta
hay en cada español un buen soldado,
y que en cada soldado un Cid alienta.
Tu corazon recobre la esperanza
y abandone el marasmo que le azota,
y caiga una nación al suelo rota
à cada golpe de tu fuerte lanza.
¡Oh! tu nombre sagrado,
patria del Cid, de Lope y de Cervantes,
debiera estar grabado
en la mente inmortal del universo
con ricos caractéres de brillantes.
Suene, suene tu nombre, patria mia,
en el redoble del tambor airado;
en la sublime y bella poesía
del pueblo entusiasmado;
en el grito de noble valentía
de un corazon inmenso y esforzado;
en el combate enérgico y sangriento,
y en el bronce, el clarin, la mar y el viento.
¡De tu nombre adorado
siempre esclavo será mi pensamiento,

y donde quiera que contemple alzada
la española bandera,
allí estará mi lira, allí mi espada,
mi corcel de batalla y mi alma entera!

LAS ESTACIONES.

PRIMAVERA.

Nubes de azul, de púrpura y de oro;
canciones, mariposas, flores bellas;
amor inmenso; brisas perfumadas;
coronas de azahar; verdes praderas;
mares de plata y luz; placer y risas;
lozanas y brillantes arboledas;
golondrinas, aromas, ruiseñores;
altares adornados de azucenas;
entusiasmo, colores, alegría;
madrigales, idilios, dulces églogas.
¡Oh primavera! Noche de esponsales
de la hermosa y feliz naturaleza.

VERANO.

Nubes de fuego, de topacio y grana;
noches deslumbradoras y serenas;
aire inflamado; nardos y jazmines;
trovas al pié de la andaluza reja;
espigas que parecen arrancadas
de un estuche de Marzo ó de Ansorena;
los grandiosos conciertos del Retiro;
ojos y corazones que chispean;
Biarritz, San Sebastián, Baden y Mónaco;
helados, mecedoras y verbenas.
¡Volcánica estación, tú siempre has sido
el imperio del sol y las estrellas!

OTOÑO.

Nubes de nácar, de amatista y ópalo;
campos llenos de sombras y tristezas;
vinos de perlas, de oro y de rubíes

que en las brillantes copas centellean;
cipreses, luto, fúnebres campanas;
vientos que arrastran lágrimas y quejas;
el regio Coliseo; los laureles
que alcanzan los dramáticos poetas;
árboles que parecen esqueletos;
nidos abandonados; hojas secas.
¡Oh estación de las arpas alemanas,
de las vides, las tumbas y las nieblas!

INVIERNO.

Nubes de plomo, de violeta y ámbar;
aquilones, relámpagos, tormentas;
montañas coronadas por las nieves;
aves calladas; tenebrosas selvas;
pobres desnudos, pálidos y yertos;
bailes, tertulias, esplendentes fiestas;
el rumor de la lluvia en los cristales;
el hogar con sus cuentos y leyendas;

lechos desabrigados; llanto y frío;
estufas, pieles, palcos, carretelas.
¡Oh invierno, fiel espejo de la vida,
estación de dolores y tragedias!

Agosto, 1878.

EL VINO EXTRANJERO.

Desatados los bucles de oro,
desnudos los pechos
diamantinos, redondos, y blancos
cual flores de almendro;
encendida la faz, las pupilas
placer despidiendo,
y en la boca sonrisas, perfumes
y lúbricos besos;
las dos bellas al par, presidian
el banquete regio.
Y yo al verlas marchitas y hermosas,
cantando y riendo
con la aurora en la frente divina,
la noche en el seno,
de mis ojos cayó ardiente lágrima

al vaso bohemio,
dibujando en el rico Champagne
un surco de fuego.
Desde entónces si llevo á los labios
el vino extranjero,
se entristece mi alma y figúrome
que lágrimas bebo.

Febrero, 1878.

FORTUNY.

—

Por su fulgor diamantino
es tu pincel peregrino
gloria del arte español.
¡Salud al genio divino
cuya paleta fué el Sol!

—

En tus lienzos brilladores
ya observo los resplandores
del cielo de Andalucía;
ora una esplendente orgía
de vivísimos colores;

—

Ora en ellos centellea
la brillante cimitarra;
ya el limpio cristal flamea;

ora ruge la pelea
ó se escucha la guitarra.

—

Aquí el casacon bordado;
allá el turbante agraciado
y la española mantilla;
ya un rostro bello y tostado;
ya una hermosa pantorrilla.

—

Las filigranas y encajes
de la Alhambra deliciosa;
ya los pintorescos trajes
del torero; ya la hermosa
luz de africanos paisajes;

—

Ora se contempla alguna
joya artística de España;
ya una veneciana luna;
ya rica daga moruna
ó ancha tienda de campaña.

—

Hierve en tus lienzos la vida,

y arde y fulgura la luz;
y en ellos leo una *Kasida*
ó una página atrevida
de don Ramon de la Cruz.

—

Por su fulgor diamantino
es tu pincel peregrino
gloria del arte español.
¡Salud al genio divino
cuya paleta fué el Sol!

Junio, 1878.

EL SAUCE Y LA FLOR.

Al lado de la fosa
de la preciosa jóven ha brotado
una encendida rosa;
y junto á la hermosura está enterrado
su amante enamorado.
Sobre esta tumba un sauce corpulento
su triste frente inclina,
y á veces, agitado por el viento
besa la flor divina.

EL MAYOR CRÍMEN.

I.

Era una de esas lúgubres mañanas
melancólicas, blancas y glaciales,
teatros de las bellas é ideales
baladas alemanas.
Mañana del Enero
rica en tristeza, en hielos y poesía,
y penetrante y fría
como una daga de bruñido acero.
La capital de España
con el manto de nieves encubierta,
parecia ancha tienda de campaña
por las tropas desierta.
Y en una de sus calles se veía

una muchacha temblorosa y yerta,
que huyendo de la nieve, se escondía
en el hueco espacioso de una puerta.
Cuadro hermoso formaba
de aquella niña la gentil figura
sobre la puerta oscura.
Rubia y deslumbradora resaltaba
sobre aquel negro fondo su cabeza,
y en su pálido rostro se observaba
la miseria empañando la belleza.
¡Pobre, infelíz Lucía,
tan jóven y tan pura abandonada
del hambre en el eterno y triste día!
La niña encantadora y desgraciada
observó que venía
hácia ella un caballero
y dijo para sí: — Dios me lo envía.
Y con paso ligero,
acercándose á aquél, entristecida,
exclamó: — Una limosna, que me muero.
Y él dijo rechazándola, altanero:
— ¡Cuánta niña perdida!

II.

Antes de proseguir haceros quiero
una declaracion muy importante:
con un asunto á aqueste semejante
un poeta extranjero
hizo un libro brillante.
Cómo en el mundo ví desarrollado
muchas veces asunto tan profundo,
al trazar estos versos, inspirado,
conste que no he copiado
á Alfredo de Musset; que copio al mundo.

III.

El tiempo marcha en un caballo alado;
tres años han corrido
y la linda muchacha se ha formado,
y su cuerpo y sus gracias han crecido.
Miradla: su cabeza primorosa

bella y clásicamente modelada,
parece por lo rubia y vaporosa
de una viñeta inglesa recortada.
En sus ojos rasgados
la suavidad palpita
de los ojos sublimes y azulados
de la vaga ESPIRITA.
Sus párpados ostentan un tesoro
de pestañas doradas,
mariposas de oro
que juegan en la luz de sus miradas.
Y fulgura en sus labios de ambrosía
y en sus tersas mejillas sonrosadas
un cielo de candor y poesía.
Modesto es al andar su movimiento,
vivo el paso, y está toda encendida,
pues con planta atrevida
un elegante va en su seguimiento.
(Así va la paloma perseguida
por el halcon sangriento.)
Él es; él es; el mismo caballero
que viendo á nuestra jóven por el frio

y el hambre devorada, con desvío
tratóla una mañana del Enero,
y hoy diera por llamarla su querida
su capital entero.
¡Oh conciencia asquerosa y corrompida!

. . . .

Él con fuego suspira
y le declara su pasion vehemente;
la jóven ni le mira
y huye del amador rápidamente.
Por fin éste cansado
de ver tanta virtud y tal desvío,
dice encolerizado:
—Huye, infeliz, tu cuerpo ha de ser mio.

IV.

La madre de Lucía
que era un sér miserable é impudente
con su hija vivía,
cual se arrastra entre flores la serpiente.

y la infame quería
á la jóven preciosa,
como adora el joyero
el brillante ó la perla primorosa
que ha de proporcionarle buen dinero.
La hija, en cambio, ¡cuán noble y cuán honrada!
Como el arpa olvidada y polvorosa
del gran Gustavo, el alma nacarada
de la jóven divina y candorosa
esperaba la mano delicada
que de ella arrancaría
un torrente de amor y de alegría...
Mas ¡ay! que con el alma desgraciada
la Providencia es siempre despiadada!

V.

La noche de aquel día
en que fué perseguida nuestra hermosa,
en el hogar hallábase sentada

con su madre la niña pudorosa.
Y ésta de pronto se quedó inmutada
al mirar que en su casa entrado había
el que por todas partes la seguía.
Y al ver del caballero el rostro helado
y la falsa mirada de cariño,
latió su corazon, todo asustado,
como el pájaro tiembla aprisionado
entre las manos bárbaras de un niño.
Aquel hombre llamó á la madre á un lado
y habló con ella sigilosamente;
y luégo, sonriente,
le dió un puñado de oro.
Y al caer el metal rico y sonoro
en la traidora mano envilecida,
se oyó el rumor que forma el alevoso
puñal abriendo una terrible herida.
La madre al caballero dijo, ufana:
— Hasta mañana noche. Y él gozoso
exclamó: —Hasta mañana.
Y al salir de la casa de Lucía
el miserable, lleno de ilusiones,

su crímen respiró con la alegría
de los empedernidos corazones.

VI.

Llegó la suspirada
noche, la hora de la cita impía;
y la tierra bañada
estaba de perfumes y armonía.
Era noche feliz de primavera;
en el azul del cielo
fulguraban los astros centellantes;
y parecia la radiente esfera
desposada que viste rico velo
y luce una diadema de brillantes.
Todo era paz, delicias y reposo.
¡Oh noche, casta noche! ¿quién diría
que en tu azulado seno tan hermoso,
se desarrollaría
el crímen más brutal y más odioso?

. . . . . . , ...

VII.

El miserable, el oro derramando,
á otras mujeres sigue deshonrando:
la madre tan impía
está muy satisfecha disfrutando
el precio de la venta de Lucía;
y sólo ésta infeliz sigue llorando!

. . . .

. . . .

¡Ay! al ver tantos buenos como gimen
por las penas y el hambre devorados,
miéntras el vicio, el deshonor y el crímen,
algunas veces viven
en palacios y alcázares dorados,
exclamo, con amargo desconsuelo,
con aquel que cantó *Guerra á la Guerra:*
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?

Setiembre, 1878.

LA CORTESANA.

Qui sait sous quel fardeau la pauvre âme succombe?
Qui sait combien de jours sa faim a combattu?

V. HUGO.

I.

Vedla: ¡cuán bella! parece
brillante rosa de nácar
cuyas hojas por el lodo
están manchadas.

—

Impresa en letras de fuego
la impureza está en su rostro
y su alma abriga hácia el mundo
desprecio y odio.

—

Esas sonrisas alegres
que hay en sus labios de grana,
entre sus pliegues esconden
dolor y lágrimas.

—

Flores y graciosos lazos
se observan en su cabello,
y lindo y lujoso traje
viste su cuerpo.

—

El crujido de la seda
que arrastra la mujer pública,
la venta de un cuerpo hermoso
al mundo anuncia.

II.

Vedla: ¡cuán bella! parece
dulce cancion sin palabras;
preciosa lira sin cuerdas;
ave sin alas.

—

Maldecida por sus padres
está la jóven hermosa,
y por el mundo camina
errante y sola.

—

¡Infeliz! siempre fingiendo
júbilo, placer y risas;
y odiando á un hombre, mentirle
dulces caricias.

—

La sociedad la desprecia;
su querido la maltrata,
y no tiene más amiga
que la desgracia.

—

¡Hasta por su misma madre
abandonada se encuentra,
y en un hospital, acaso,
tísica muera!

CANCION ÁRABE.

Á RAFAEL REINA.

Léjos está la hermosa de la gentil garganta
y de ojos centellantes.
Corcel, vuela conmigo; condúceme á su planta;
por *ella* te he comprado la peregrina manta
de raso y de brillantes.

—

Por *ella* de preciosos regalos te he colmado
que valen un tesoro;
tus bridas son de plata; tu silla, de brocado,
y en tus ijares nunca tu dueño te ha clavado
el espolin de oro.

—

Por *ella* están tus crines rizadas y sedosas,
y brilla tu herradura,
y está por manos hábiles, en sedas muy lujosas,
bordada de guirnaldas, de pájaros y rosas,
tu espléndida montura.

—

Por *ella* todo el mundo te admira y te decanta;
por *ella* soy tu amigo;
corcel, corcel ligero, condúceme á su planta;
por *ella* te he comprado tu peregrina manta.
¡Corcel, vuela conmigo!

LOS ROJOS.

Retruena el atambor; la turba avanza
terrible el rostro y la mirada fiera;
flota, teñida en sangre, la bandera;
silba el ronco fusil; cruje la lanza.
La multitud, sedienta de venganza,
crímenes va sembrando por do quiera;
convierte al pueblo en colosal hoguera
y se entrega iracunda á la matanza.
—¡Viva la libertad! la turba grita,
cuando, furiosa, al mar se precipita
y todo cuanto ve quema y destruye...
¡Oh libertad! ¡Oh libertad sagrada!
¡Maldita sea la hueste degradada
que tu precioso nombre prostituye

BAILE DE MÁSCARAS.

El salon, por deliciosas
mujeres, se halla adornado;
parece estuche dorado
lleno de piedras preciosas.
¡ Oh brillante diversion!
Notas, perfumes, colores,
gasas, diamantes y flores,
en lujosa confusion!
Los brilladores reflejos
de los ojos de las bellas;
la luz, salpicando estrellas
en los grandiosos espejos;
los tapices, las pinturas,
los elegantes tocados,
las alfombras, los brocados,

las correctas esculturas,
los cojines orientales,
las blondas, la gentileza
de las damas, la riqueza
de mármoles y cristales,
el raso, perlas y tul,
plumas, risas y fragancia,
forman de la hermosa estancia
un mundo de oro y azul.

. . . .

Allí se ve al caballero
feudal, al cinto la espada,
ostentando la celada
y la cota del guerrero,
prodigando madrigales
á una linda jardinera
de rizada cabellera
y pupilas celestiales.
Allá, un alegre estudiante
baila con una sultana;
aquí, una lista aldeana
se burla de un almirante.

Allí, un grave capuchino
de mirada tenebrosa
y barba blanca y sedosa,
baila, en raudo torbellino,
con una bella gitana
que luce negra mantilla,
y exhibe la pantorrilla
bajo la falda de grana.
Mirad, mirad aquel *clown*
en brazos de alta señora;
ved aquí, esta labradora
bailar con un infanzon.
Allá, marcha un mosquetero
con una monja del brazo;
mirad, en estrecho lazo,
una reina y un torero.
Allí, un astrónomo gira
bordado el manto de estrellas;
en derredor de las bellas
aquel trovador suspira.
Y se encuentran confundidos
payasos, reyes, gitanos,

griegos, moros y cristianos,
guerreros, frailes, bandidos.
Monjas, magas, bailarinas,
labradoras y princesas,
rusas, gitanas, inglesas,
moras, gallegas y chinas.
Y en medio de este ruido,
de esta locura y afan,
del espumante champan,
se oye el báquico estampido.
Y vestido de escarlata,
y ceñida la tizona,
Mefistófeles entona
la sublime serenata.

Abril, 1878.

LA LIRA ROTA.

Del salon en el ángulo oscuro
. . . .
. . . .
. . . .

BECQUER

En el verde jardin, al pié de un árbol,
hallé una lira rota y destemplada:
y en tal estado al verla
sentí rota mi alma.
Las cristalinas gotas de rocío
que en sus hilos metálicos brillaban,
no sé por qué misterio
me parecieron lágrimas.
Al ver á un ruiseñor triste y callado
que en ella se posaba,

dije: el ave es el alma de su dueño
    que viene á visitarla.
¡Ay! en aquellas cuerdas yo veía
de un corazon las fibras delicadas
    heridas mortalmente
    por sin igual desgracia.
Cuando el viento al pasar, aquellas cuerdas
con invisibles dedos agitaba,
    gemidos y lamentos
    de la lira brotaban.

LAS BELLAS ARTES.

PINTURA.

Es el limpio fanal del universo;
el marco de brillantes panoramas;
el mar con sus abismos insondables
y sus lucientes olas de esmeralda;
el cielo con sus nubes y sus astros;
el arroyo que claro se desata
y copia en su cristal plantas y flores;
el horizonte; las divinas alas
de las deslumbradoras mariposas;
el ocaso; la noche; la mañana,
y el espejo grandioso en que los mundos
con sus luces y sombras se refractan.

ESCULTURA.

Es la forma; es el arte que de un mármol
una figura celestial arranca;
el alma de infinitas religiones;
Atenas floreciente y decantada;
el abultado pecho de la hermosa;
el altivo palacio y la montaña;
la obra que Dios, artífice supremo,
fabricó, poderoso, de la nada;
el espectro que llora en las ruinas;
el plano entero de la hermosa Italia;
la lluvia, en fin, cuyo cincel de gotas
la verde espiga de la tierra saca.

MÚSICA.

Es el cantar que entonan las edades;
el lenguaje sublime de las hadas;
el ritmo de los ejes de la tierra;

el canto del torrente y la cascada;
el són del huracan; las dulces trovas
que las aves entonan en las ramas;
el placer de la corte y de la aldea;
del amoroso labio la palabra;
las sentidas canciones populares...
Arte del sentimiento, arte formada
de notas, ruiseñores invisibles
cuyo precioso nido son las almas.

POESÍA.

« Es el limpio fanal del universo;»
« el lenguaje sublime de las hadas;»
« el alma de infinitas religiones;»
la música del beso regalada;
el mundo del amor y del espíritu;
la rota almena; el opulento alcázar;
la luz del rayo; el grito de los mares;
el inmenso rumor de las batallas;

el color y el perfume de las rosas;
la historia de los pueblos; la mirada
de unos hermosos ojos; el espacio;
el cielo; el campo; el mar; la flor; el áura.

Diciembre, 1877.

FLORES SECAS.

No extrañeis que conserve, cual tesoro,
esas pálidas flores;
sus hojas son las páginas de oro
de una historia de amores.

Esas páginas traen á mi memoria
la ventura perdida;
el tiempo del placer y de la gloria,
mañana de la vida.

. . . .

El fuego en tu corola ya no arde,
despedazada rosa;

lindo adorno tú fuiste, cierta tarde,
del pecho de una hermosa.

—

Este mústio clavel, bella Dolores,
borró nuestros enojos;
aún me parece ver, en sus colores,
los de tus labios rojos.

—

Esos nardos, con pétalos brillantes,
Adelina hechicera,
bañaron en aromas penetrantes
tu blonda cabellera.

—

Amelia regalóme esta camelia
con lúbrico embeleso,
dando á la flor la encantadora Amelia
un encendido beso.

—

Tus pétalos de plata, raso y oro,
marchitada azucena,

aún parecen regados por el lloro
de la dulce Filena.

. . . .

Las flores están ya tristes y yertas;
sus hojas, en girones;
todo pasó; las flores están muertas
como mis ilusiones.

LA LIBERTAD.

—Dime, barquera hermosa,
¿quién eres que, atrevida,
navegas por los mares
entre la tempestad?
—Yo soy la vírgen bella
de luminosa frente;
mi barca es el progreso;
mi dios la humanidad.

ASTROS.

—

ESPRONCEDA.

Es su valiente y luminoso canto
el aquilon que ruge y se desata;
la ardiente bacanal; la noble sangre
en aras del progreso derramada;
la vencedora espada de Pelayo;
el esplendente Sol; las rotas almas;
los seres desgraciados; las pasiones;
la sed de amor que el pecho nos abrasa;
un corazon que al cielo desafia;
la sublime bandera de la patria,
y las luchas gigantes del espíritu,
y del mundo el inmenso panorama.

ZORRILLA.

Es su hermosa y brillante poesía
del bardo la cancion apasionada;
el bélico rumor de los torneos;
los gritos de las trompas de la caza;
los murmullos de sílfides y ondinas
en sus palacios de lucientes aguas;
los héroes del amor; el negro cláustro;
Oriente con sus perlas y sultanas;
el rechinar del puente levadizo;
las bellas partituras de la Italia,
y el mundo de los dulces ruiseñores,
de la luz, de las rosas y las áuras.

NUÑEZ DE ARCE.

Es su grandioso canto nuestro siglo;
la duda que punzante nos desgarra;
la civilizacion; el anatema

sobre el traidor, el déspota y la infamia;
el rugir de los pueblos desbordados;
de un titan los gemidos y las lágrimas;
el puñal de Caton; el estandarte
de la sublime libertad sagrada;
la indignacion de un pecho generoso;
la hermosa voz de la conciencia humana,
y el terrible lamento de los dioses
caidos de los cielos y las aras.

BERANGER.

Es su canto el placer; el entusiasmo;
la alegre juventud; la vida airada;
el noble y eminente patriotismo;
la luminosa copa de champaña;
el amor orgiástico; el suspiro
de la linda griseta enamorada;
el soldado valiente y generoso;
las bellas artes; las sencillas almas;
los cadenciosos aires populares;

la murmurante brisa embalsamada
que riza el agua del famoso Sena,
y la imágen grandiosa de la Francia.

VICTOR HUGO.

Es su canto inmortal el universo;
el terrible rumor de las batallas;
el látigo que azota á los tiranos;
la guzla y la brillante cimitarra;
las sublimes virtudes de los pobres;
las figuras más bellas y titánicas;
la luz, la luz; la universal historia;
el mar que grita, hierve y se levanta;
las humildes y blancas buhardillas;
los besos en la frente de la infancia;
el mundo de la idea, y los lamentos
de la clase infeliz desheredada.

LAMARTINE.

Es su dulce y hermosa poesía

el cielo recamado de oro y plata;
la caridad y el bien; la gaviota,
trovador de los mares y las playas;
la aspiracion constante al infinito;
los lagos; los torrentes; las nevadas
los amores de fuego; la ternura;
la resonante trompa de la fama;
el himno á Dios y la cancion al hombre;
el alma más ardiente y elevada,
y del noventa y tres, horrible fecha,
el inmortal y ensangrentado drama.

HEINE.

Es su canto el sarcasmo y la ironía;
el pesar que devora las entrañas;
el suspiro del triste desterrado;
el Rhin con sus sirenas y nayadas;
el dardo agudo; la alusion sangrienta;
de Juvenal la penetrante sátira;
la piqueta potente que derrumba

el sacro altar y el opulento alcázar;
el amor desgraciado; los castillos
poblados de visiones y fantasmas,
y un mundo de clamores y de risas,
de llantos y ruidosas carcajadas.

UHLAND.

Es su canto feliz la edad de hierro;
la aspiracion y glorias de la patria;
los halcones; las justas; las almenas;
los bardos y las bellas castellanas;
la historia de los héroes; las delicias
de la dichosa juventud lozana;
el palacio arrogante, el bosque umbrío;
un corazon henchido de esperanza;
los sueños, las fantásticas quimeras
de una imaginacion viva y romántica,
y la naturaleza revestida
del lujo de sus pompas y sus galas.

ZEDLITZ.

Es su canto brillante y atrevido
«el acerado choque de las armas;»
la cicatriz gloriosa del soldado;
las banderas al viento desplegadas;
la pudorosa *Vírgen de los bosques;*
las nieblas y los hielos de Alemania;
el toque del tambor; la blanca aldea;
los fogosos corceles de batalla;
la penetrante voz de los clarines;
el brillo de los cascos y las lanzas,
y los guerreros muertos que de noche
armados de las tumbas se levantan.

DANTE.

Es su severo canto el negro abismo;
ojos que lloran; luces que se apagan;
el rojizo fulgor de los relámpagos;

el beso ardiente; la mujer soñada;
gritos; lamentos; ángeles caidos;
fieras que rugen; sierpes que se arrastran;
las legiones de espíritus celestes
de nívea faz y diamatinas alas;
el mundo del dolor y las tinieblas;
un inmenso raudal de sangre y lágrimas,
y la soberbia voz atronadora
del implacable Dios de la venganza.

PETRARCA.

Es su canto dulcísimo y suave
los murmullos del céfiro y del áura;
el amor de los dioses; las endechas
que entona el ruiseñor en la enramada;
el nacarado rayo de la luna;
la nube de zafir, ópalo y grana;
la estacion deliciosa de las flores;
la pupila radiante y azulada;
las noches de verano; el mar tranquilo

con sus olas de luz y de esmeraldas,
y el perfumado rizo de oro y seda
de la divina y seductora Laura.

LEOPARDÍ.

Es su bella y grandiosa poesía
la adoracion á la belleza plástica;
el negro escepticismo; los clamores
de un alma en triste cárcel encerrada;
la sed de lo infinito; los contornos
de una mujer que en los espacios vaga;
la desesperacion; el sentimiento;
el hastío, la muerte suspirada;
amor, inmenso amor; la amarga queja
que el pájaro cautivo al viento lanza,
y nuevo Prometeo, encadenado
á la roca fatal de la desgracia.

Octubre, 1878.

AYER Y HOY.

I.

Ayer, cuando bordabas
para poder vivir, querida mia,
mi corazon llenabas
de amor y de alegría.

II.

Hoy, que por tu belleza
consigues cuanto sueña tu albedrío
y adornas con diamantes tu cabeza,
me causas hondo hastío.

EL GÉNIO.

—

Á DON MANUEL DE LA REVILLA.

Despues del génio, lo que más se acerca
á él es saberlo admirar.

MAD. STAEL.

¡Triste destino! esperar
lo que nunca ha de venir;
reir el labio, y cantar
cuando se siente morir
el corazon de pesar.

—

El alma noble y ardiente
tantas penas atesora
cual pensamientos la frente.

¡Cuanto más piensa la mente,
más el espíritu llora!

—

Abarcar la creacion
con la pupila serena,
y tener, para honda pena,
alas en el corazon
y en el cuerpo una cadena.

—

Ser por la envidia mordido;
vivir en ingrato olvido
de todos abandonado.
¡Y sólo ser aplaudido
despues de ser enterrado!

—

¡Siempre el mismo desconsuelo!
el pensamiento en la altura,
la planta en el bajo suelo.
¡Vivir en la tierra impura
teniendo á la vista el cielo!

. . . .

. . . .

En el corazon sensible
de todo artista inspirado,
está con sangre grabado
este letrero terrible:
« Mártir y vilipendiado »

TARDE DE OTOÑO.

En una de esas tardes del otoño
lúgubres y poéticas,
en que se escuchan los rumores vagos
que forman, al caer, las hojas secas;

—

En una de esas tardes en que el viento
arranca notas tristes á las ramas,
cual si éstas fueran cuerdas, y los árboles
melancólicas arpas;

—

En una de esas tardes en que hay sombras
en la tierra y el cielo,
lobreguez en los campos y en los nidos,
llanto en el corazon y el pensamiento,

—

La ví cruzar por el jardin; vestía
una flotante vestidura negra;
era su rostro pálido y hermoso,
y sus formas aéreas.

—

En su frente llevaba la tristeza;
el pesar en su rostro;
la agitacion en su nevado pecho;
las lágrimas sangrientas en sus ojos.

—

¡Ay! en esta mujer alta y hermosa,
por acerbos dolores desgarrada,
poeta y desgraciado yo veía
la encarnacion sublime de mi alma.

—

Al pasar la beldad clavó en mis ojos
los suyos, con ternura,
y huyó por una calle de cipreses
adorno de las tumbas.

Setiembre, 1878.

DESENGAÑO.

(PENSAMIENTO DE ALFONSO KARR.)

Cierto jóven, en la calle,
ve á una mujer deliciosa,
y al verla exclama: — «¡Qué hermosa!
» ¡que cabellera y qué talle!
» En su faz fulgura el día
» con todos sus resplandores;
» y en sus ojos seductores
» hay un mundo de poesía.
» Es su cuerpo escultural;
» su mejilla, pudorosa.
» Es un ángel, una diosa,
» en fin, mi bello ideal. »
Ella le escucha felice

y con aire distinguido
alza su hermoso vestido,
muestra la pierna y le dice:
« Allí vivo, jóven; vente,
» si es verdad que te he gustado. »
Él la mira avergonzado
y se aleja tristemente.

MIRABEAU.

En la tribuna alzábase, se erguía,
alta la frente, el ojo centellante:
era la fuerte roca de diamante
que á los inmensos mares desafía.
El fuego de los cráteres hervía
en su altiva cabeza de gigante,
y su oratoria enérgica y brillante
el huracan y el rayo despedia.
De su elocuente voz el estampido
fué la acerada, la feroz piqueta
que hizo rodar á un edificio inmundo.
Tal era el orador esclarecido
de cuyo gran cerebro de poeta
surgió una sociedad, un nuevo mundo.

Enero, 1878.

Á UNA DAMA.

Á través de los encajes,
los bordados y las blondas,
descubro un bello lunar
sobre tu pecho de rosas.
Lunar que tiene tal brillo
y tanta gracia atesora,
que sin duda lo ha trazado
con su pincel una diosa.
Lunar, lunar que parece
perla negra en una concha;
crespón en cielo de nácar;
botón de bella amapola;
Bajel de ébano agitado
por blancas y henchidas olas;
negro broche que sujeta

el armiño de tus formas;
  Signo de tinta trazado
en la nacarada hoja
de un perfumado billete
por una mujer hermosa;
  Golondrina entre la nieve;
agorera mariposa,
y ojo que por el calado
de blanca mantilla asoma.
  ¡Oh! si ese lunar divino,
como me dices, te enoja,
permíteme, hermosa mia,
que lo borre con mi boca.

¿POR QUÉ?

Madre — dice la niña —
cuando el gusano
en el blanco capullo
queda encerrado,
éste se abre
y de él la mariposa
radiante sale.

M. DE LA REVILLA.

Madre, madre — así decía
un niño de azules ojos —
mira esos claveles rojos
y esas aves, madre mía.
Se unen, abrazan y besan
esas encendidas flores,
y con sus cantos de amores
los pájaros se embelesan.

Si El que esos seres creó
nos formó, como me dices,
¿por qué ellos son tan felices
y la raza humana nó?
¿Por qué de amor se estremecen
y gozan cuando se ven?
¿Por qué se quieren tan bien
y los hombres se aborrecen?

. . . .

La madre tierna y sensible
llena de entusiasmo dijo:
—Á veces tiene mi hijo
una lógica inflexible.

UN LAMENTO.

Je lui dis: «La rose du jardin, comme tu sais, dure peu; et la saison des roses est bien vite écoulée.»

SADI.

Pasó la edad aquella
en que la perspectiva de este mundo
se presentaba, ante mis ojos, bella.
Hoy, con dolor profundo,
no encuentro aquellas célicas mujeres
de ojos de fuego y rostro alabastrino,
que, espléndidas, sembraron mi camino
de flores y placeres.
Pasó la edad feliz, la edad dichosa
en que, loco de amor, yo componía
un soneto á las trenzas de María

ó un madrigal á Rosa.
Y en que tomando el paternal ejemplo
lleno de uncion sublime y religiosa
iba á rezar al templo.
Hoy perdida la fe, bello tesoro
que de inocencia y gozo me inundaba,
no veo en las iglesias, como ántes,
aquel limbo de luz, rayo de oro,
que, cual rica corona de brillantes,
la frente de los santos circundaba.
El estudio apagó la fe que ardía
en mí: los mundanales aquilones
arrebataron luégo al alma mía
las bellas, las doradas ilusiones...
¡Ay de mi fe, mi gloria y mi poesía!

EL ENTIERRO DE BYRON.

I.

Muere aquel gran poeta;
aquel lord de dorada fantasía,
de corazon valiente y alma inquieta,
hermoso como el sol del Mediodía.
Aquel cantor sublime
de regalada lira,
que suspirar nos hace si suspira
y gemir cuando gime.
De la orgullosa Albion vate notorio;
segundo Juan Tenorio
que tiraba el dinero á manos llenas;
y que, como diría

mi amigo Antonio Grilo, discurria
por un mundo de rubias y morenas.

II.

Rubia, como una vírgen de Ticiano,
pálida, como noche de verano,
una hermosa mujer llorando estaba;
cerca de ella pasaba
el entierro del genio soberano.
Esa beldad llamábase María:
preciosa y pura flor del suelo griego
que con segur de fuego
el autor de *D. Juan* segado había.
Y en el féretro, luégo,
clavando la mujer entristecida
sus pupilas de sangre y llanto llenas,
desplomada cayó, yerta y sin vida,
como cayó por la centella herida
cierta estátua de un pórtico de Atenas.

IMPOSIBLE.

Sol di tanto offecci
Che senza speme vivemo in disio.

DANTE.

¡Cuántas veces la ví! ¡Qué hermosa era!...
En las serenas noches de verano
cogiendo flores y cantando trovas
vagaba por los campos.

Suelta la riza cabellera de oro;
la azul pupila fija en el espacio;
en el arpa las manos trasparentes;
la cancion en los labios.

Celeste aparicion, bello fantasma
de estrellas y de nácares formado,
tesoro de perfumes y armonías
y brilladores rayos.

—

Aquel cuerpo divino y vaporoso
dentro de aquella túnica de raso,
un ramo de jazmines parecia
en copa de alabastro.

—

En pos de *ella* corrí: mil y mil veces
quise estrechar su cuerpo entre mis brazos;
pero al ir á tocarla deshacíase
cual la flotantc niebla de los lagos.

NAPOLEON.

—

J'étais géant alors et haut de cent coudées.

BUONAPARTE.

Fué su corcel el rayo;
su espada, la tormenta;
su escudo, el Pirineo;
su pabellon, la guerra.
El genio fulguraba
en su mirada intensa,
y en su cerebro hervían
relámpagos é ideas.
Prudente en el palacio,
altivo en la pelea,

naciones, pueblos, mundos,
cubrió con su bandera.
Con sables y clarines
cañones y piquetas,
su esclarecido nombre
escrito está en la tierra.
Aún sobre las pirámides
su espada centellea;
su dios fué el pensamiento;
su amada, la epopeya.
Tal fué el titan del siglo,
el vencedor de Jena,
conquistador que tiene
por pedestal la esfera.
Fué su corcel el rayo;
su espada, la tormenta;
su escudo, el Pirineo;
su pabellon, la guerra.

EL MAR.

¡Oh mar! Cuando te elevas poderoso
con tu armadura espléndida de acero,
me pareces titánico guerrero
de continente altivo y belicoso.
Cuando ruges, tu acento impetuoso
que llena de pavor al mundo entero,
parece el grito noble y altanero
de un corazon inmenso y generoso.
Y si vistes la túnica de espuma
te asemejas á hermosa y rica dama
en un lecho de azul, nácar y pluma.
¡Ay! Tus lucientes aguas, mar sublime,
son las lágrimas tristes que derrama
la pobre humanidad que llora y gime.

NOCHE DE VERANO.

La luna esparce su argentado rayo
por el azul del cielo.
Hoy celebra su boda aquella jóven
de los ojos de fuego.

¡Ay! Aquella mujer que siempre tuvo
un altar en mi pecho:
aquella que en mi triste historia ha sido
mi fe, mi amor primero.

Mirad, mirad la sala del banquete
por el balcon abierto.
¡Cuánta luz, cuánto raso, cuántas flores!
Y los novios ¡cuán bellos!

¡Qué hermosa está mi amada! Cien brillantes
arden en su cabello;
de nieve es su preciosa vestidura;
de hilos de luz, su velo.

—

Ella á su prometido habla, gozosa;
él la mira, risueño.

. . . . : . . . . .

¿De qué eres, corazon, que no te rompes?
Corazon, corazon, ¿de qué estás hecho?

ACUARELA.

—

Al lado de una mesa
bajo frondosa parra,
están varios gitanos
bebiendo sendas cañas
al son triste y suave
de armónica guitarra.
La diosa de la fiesta
es Rosa la gitana;
muchacha de ojos negros,
de faz morena pálida,
de labios de claveles,
de línea y forma clásicas.
Sus brilladoras trenzas
con flores adornada,
sujeta un lindo broche

de perlas y esmeraldas.
Gracioso traje viste
de terciopelo y gasa,
y espléndido zapato
su pié precioso calza.
Ardientes sus pupilas
amor sublime irradian
al escuchar atenta
el son de la guitarra.
Y en tanto los gitanos
alegres tocan palmas,
la encantadora Rosa
con voz sentida canta:
  «Solita en el mundo
  está la gitana
murieron sus padres y ya no le queda
  amparo ni calma.»
Calló; y un guapo mozo
de tez muy bronceada,
vestido ricamente
con primorosa faja
y linda calesera

con sedas mil bordada
despues de haber mirado
á la gentil muchacha,
lleva á sus labios rojos
una brillante caña,
apura el contenido
besa el cristal y canta:
«Yo no tengo padres,
amigos ni patria,
pero sí canciones que derraman llanto
y un pecho que ama.»

LA VIDA. (1)

Á ASMODEO.

Veinte años.

Sueños de amor, de gloria y de placeres;
alegres y sonoras carcajadas;
ojos de fuego: seductoras formas;
gargantas de marfil; labios de grana;
almas azules; emociones bellas;
cielos mil de ilusiones y esperanzas;
amorosos suspiros; madrigales;

(1) Cuatro de las poesías, que figuran en la presente obra, pertenecen al libro del autor, *Andantes y alegros.*

flores, bellezas, bailes, serenatas;
valor, nobleza, fe, galantería;
grandiosa inspiracion, celestes arpas...
¡Edad preciosa, eterna primavera,
rica en placeres y en sublimes almas!

Treinta años.

Violenta sed de lujo y de riquezas;
dudas, escepticísmo, risa amarga;
ilusiones marchitas; desencantos;
ojos opacos y facciones pálidas;
almas de hierro; mundos de ambiciones;
tibia alegría; flores deshojadas;
punzantes desengaños y pesares;
llantos por la hermosura que se escapa;
diamantes, perlas, rasos, terciopelos;
lánguida inspiracion; arpas cansadas...
¡Terrible edad, espléndida en pasiones
y en negras dudas, torcedor del alma!

Sesenta años.

Sueños de paz, de vida y opulencia;
tristezas y recuerdos; dulces pláticas;
ojos hundidos; nítidos cabellos;
las formas y facciones descarnadas;
tesoros de bondad; cantos de cisne;
almas por el dolor despedazadas;
reminiscencias, lúgubres suspiros;
cuentos y besos mil para la infancia;
divino amor, infames amoríos;
rota la inspiracion, mudas las arpas...
¡Esta es la edad, tan rica en elegías,
la edad de los dolores y las lágrimas!

EL NIÑO POBRE.

Qui donne au pauvre prête à Dieu.
V. HUGO.

Melancólico, humilde, demacrado,
impresa en el semblante la amargura,
destrozada la pobre vestidura
y el vetusto sombrero desgarrado.
En su dolor se encuentra abandonado:
«dadme pan, dadme pan,» triste murmura,
miéntras ardiente lágrima fulgura
en su pálido rostro descarnado.
Alfombrada de espinas su carrera

¡cuántos, cuántos inviernos ha vivido
en esa edad que llaman primavera!

Y es que la humanidad aún no ha aprendido
esta máxima noble y verdadera:
«Presta á Dios quien socorre al desvalido.»

EL INSECTO Y LA ESTRELLA.

Mirad aquel insecto
de trasparentes alas
en los brillantes pétalos posado
de aquella rosa blanca.

—

El cielo contemplando
las largas noches pasa,
fija la vista en la hermosura y brillo
de cierta estrella pálida.

—

¡ Amor de un pobre insecto!
¡amor sin esperanza!
la estrella no lo mira, es insensible;
las estrellas no aman.

—

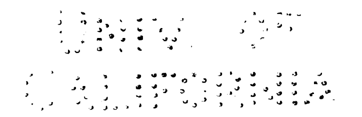
En la nevada rosa
se ven, por las mañanas,
mil gotas cristalinas que parecen
abrasadoras lágrimas.

EL ADULADOR.

El placer resplandece en su pupila,
el entusiasmo sus facciones dora,
miéntras la hiel el pecho le devora
y en las tinieblas el puñal afila.
Oculta sus raquíticas pasiones
con un manto de púrpura y diamantes;
cicuta son sus frases deslumbrantes,
y sella con un beso sus traiciones.
Dulce lenguaje de su boca brota,
feliz sonrisa entre sus labios arde
en tanto besa, hipócrita y cobarde,
el látigo sangriento que le azota.
Con máscara leal, honrada y franca,
cubre el alma perdida y asquerosa,

hasta que alguna mano generosa
el antifaz á la serpiente arranca.

Adulador, prosigue el execrable
camino que con odio todos vemos;
¡qué nos importa ya! ¡Te conocemos
y al rostro te escupimos, miserable!



EL GUANTE.

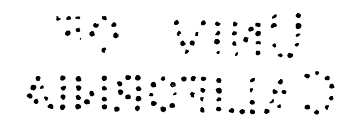
(PENSAMIENTO DE SCHILLER.)

I.

Hermosa está la tarde, azul el cielo;
el circo, de hermosuras coronado;
el monarca ya agita su pañuelo
desde el lujoso estrado.

II.

Gira sobre su gonce
una puerta de bronce
que da paso á un leon dorado y fiero;



sacude el animal la áurea melena,
las fauces abre, y tiéndese ligero
en la sangrienta arena.

III.

En otra puerta se presenta un tigre,
y al palenque, veloz se precipita;
la cola mueve, la garganta ostenta,
y al mirar al leon ruge y se agita.
Despues, con paso lento,
se aproxima al rival calladamente,
y forma de la arena blando asiento.

IV.

Luégo puertas herradas
dan paso á dos panteras,
de colores espléndidos pintadas
que corren hácia el tigre muy ligeras;
mas el rey de las selvas da un rugido,

y á sus piés, asustadas,
se tienden las dos fieras.

V.

Entónces desde el alta galería
cayó un precioso guante
al sitio do las fieras se encontraban;
y la bella Lucía,
aristócrata dama y elegante,
á un jóven, tan gentil como altanero,
estas frases decia:
« Si vuestro amor es grande y verdadero,
cual jurais noche y dia,
recoged esa prenda de una hermosa,
cual cumple á un caballero. »

VI.

El jóven, al instante,
baja á la ardiente arena,

el continente, hermoso y arrogante;
    la mirada, serena.
Avanza hácia las fieras noblemente,
    y coge el rico guante
con mano firme y corazon valiente.

VII.

Grito de admiracion, de inmenso asombro
    rompe el aire callado,
y aplaude grandemente al caballero
    el pueblo entusiasmado.
    Ya con rostro altanero
el jóven sube al opulento estrado,
ya se dirige á la gentil doncella;
    ya Lucía la bella
le mira con sus ojos seductores
y dícele, con ellos, que le ama.
Mas él grita: « Detesto tus amores, »
y el guante arroja al rostro de la dama.

EN EL ÁLBUM DE MI ESPOSA.

C'est une âme charmant.
DIDEROT.

¿Qué valen las coronas de los reyes;
qué las del paladin y del poeta
junto la gran diadema de virtudes
que ciñe tu cabeza?

—

¿Qué valen las estrellas que fulguran
en las noches serenas y diáfanas
junto los bellos astros que flamean
en el límpido cielo de tu alma?

—

¿Qué valen las riquezas de los mares;
qué vale todo el oro de la tierra

junto al tesoro que tu seno esconde
de esplendorosas perlas?

—

¿Qué vale Abril con sus divinas rosas;
qué las aves canoras y las arpas
junto la primavera de tu rostro
y tus dulces y mágicas palabras?

—

¿Qué valen los cabellos de los ángeles;
qué los ojos de sílfides y ondinas
junto tu cabellera luminosa
y tus negras pupilas?

. . . .

Tú eres mi inspiracion, tú eres el genio
que enciende en mi cerebro las ideas;
por tí vibran las cuerdas de mi lira;
por tí mi númen hierve y centellea.

EL CAMPO DE BATALLA.

(FRAGMENTO.)

Va oscureciendo: el campo de batalla
por las tropas se encuentra abandonado;
aquí se observa el cráneo de un soldado
roto por un pedazo de metralla.
Negro corcel en la sangrienta arena
está espirando y aún relincha fiero
al ver que á su yacente caballero
el duro pecho un águila barrena.
Allá rotas espadas y pendones,
sables, fusiles, hierros y cimeras,
cascos despedazados y banderas,
hachas y picas, lanzas y cañones.

Y en el suelo tambien están caidos
el clarin y el tambor; el raudo viento
ya les arranca un lastimero acento,
ya siniestros y lúgubres sonidos.

. . . .

¡Vates, venid, volad! grandioso canto
ha de brotar aquí de vuestra lira.
El campo de batalla siempre inspira
ideas al cerebro, al alma llanto.

RESPUESTA.

—

Hermosa: ¿me preguntas
por qué los génios mueren tan temprano?
Porque el génio es la nube de oro y grana;
el trino de los pájaros;
el delicado aroma de las flores
y el fuego de los astros.
Y, cual la luz, la nota y el perfume,
brilla un instante y vuela á otros espacios.

LA JÓVEN DE LOS OJOS NEGROS.

Á DOÑA FUENSANTA CRESPO, ESPOSA DEL POETA GRILO.

I.

En la ardiente orgía
cantando y riendo,
la copa en la mano,
conmovido el seno,
vestida de blondas,
raso y terciopelo,
se encuentra la jóven
de los ojos negros.
En su tersa frente
los rubios cabellos
pálidos flamean

con fulgor intenso,
y suave murmullo
de encendidos besos
palpitan sus labios
de grana y de fuego.
La noche es oscura;
el helado cierzo
fatídico silba
y retumba el trueno;
vestida de harapos,
muerta de hambre y miedo,
una mujer entra
en el aposento
donde lugar tiene
el festin espléndido,
y á la hermosa jóven
de los ojos negros
pide una limosna
con lúgubre acento.
La jóven la mira
con adusto ceño,
y sin socorrerla

la despide luégo;
y la melancólica
guitarra tañendo,
con voz argentina
da esta copla al viento:
«¡Qué triste está el mundo!
¡Qué triste está el cielo!
¡Qué triste se encuentra mi madre! y en cambio,
¡qué alegre mi pecho!»

II.

Con lluvias y frios
pasó el crudo invierno;
y el mes de las flores
de delicias lleno,
con su Sol radiante
y amores risueños,
tiende por el mundo
su rosado velo.
Levántase el dia

teñido de fuego,
y en olas de oro
se bañan los cielos;
entonan las aves
sus dulces gorjeos,
y en el lago límpido
agítase el céfiro.

Por aquella senda
que va al cementerio,
llevan unos hombres
un humilde féretro
en el cual descansan
los ya frios restos
de la hermosa jóven
de los ojos negros.

La única persona
que va en el entierro,
es aquella pobre
que con hambre y miedo
entróse en la orgía
la noche de invierno.

Mil ayes despide

su angustiado pecho,
y vierten sus ojos
lágrimas sin cuento.
 Madre es de la jóven
de los ojos negros,
y por eso exclama
con grandes lamentos:
«¡Qué alegre está el mundo!
¡Qué alegre está el cielo!
¡Qué alegres las aves canoras! y en cambio,
¡qué triste mi pecho!»

RELLIGIO.

—

(DE VICTOR HUGO.)

Las sombras del ocaso se extendían
por la azulada atmósfera;
Herman, mi amigo Herman díjome triste:
«¿ante qué altares la rodilla doblas?
Dime: ¿cuál es tu Dios? ¿cuál es tu Biblia?
¿amas solo tus obras?
Si no son copos de brillante espuma
tus admirables odas,
si no son fuegos fátuos tus endechas
y tus composiciones luminosas,
dime: ¿cuál es tu pan y cuál tu caliz?
¿cuál es el Dios que adoras?»
Yo no le contestaba y él me dijo:

«¿Por qué sobre las losas
de los sombríos templos
no rezas ni te postras?»
Y seguíamos juntos nuestra senda
lúgubre y triste como abierta fosa.
«Tambien rezo,» le dije.
«¡Tú! ¿Dónde? ¿Cuáles son las ceremonias
con que tus sacerdotes rinden culto
á ese Dios que tus labios jamás nombran?»
«Oye: el cielo es mi iglesia,
y el sacerdote...» La grandiosa bóveda
del firmamento se cubrió de tintas
vagas y melancólicas.
La luna se elevaba; todo, todo
palpitaba en las sombras:
la alondra, el buitre, el lobo sanguinario
y la arboleda hermosa.
Y mostrándole el bello astro de oro,
con fe le dije: «Dobla
las rodillas, Herman, que Dios oficia
y está elevando la sagrada forma.»

SUEÑOS.

Á DON JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Cuando me encuentro solo, y los aromas
del oriental dorado pebetero
con sus olas azules me rodean,
jinete en el bridon del pensamiento
vuelo al mundo divino y misterioso
de las hadas, los gnomos y los génios;
á ese gigante mundo del poeta,
de fantásticos seres gran imperio.
¡Oh! cómo me deleitan esos cuadros
que en mis profundas abstracciones veo
llenos de luz, de vida y poesía,
panoramas brillantes de los sueños...

. . . .

. . . .

Esas huríes de excitantes formas
en brazos de sultanes y guerreros;
esas vírgenes de ojos de esmeralda,
de túnica impalpable y níveo seno;
esos nobles, al cinto la tizona,
y la pluma flotante en el chambergo;
esas náyades de alas diamantinas,
en cuya frente se refleja el cielo;
aquellos combatientes que en las sombras
cruzan desesperados los aceros;
esas diosas del lujo y los placeres,
con vestidos de raso y terciopelo,
la copa del licor llevando al labio
miéntras un trovador les da mil besos;
esos palacios de coral y perlas,
nidos de las ondinas; ese ejército
de sátiros y ninfas bulliciosas;
esos corceles de la crin de fuego;
aquel lago azulado y trasparente,
cuyas ondas tranquilas riza el céfiro,
y aquel esquife de oro que conduce
á dos amantes en coloquio tierno;

esos ángeles de ojos de záfiro;
esos piratas de iracundo ceño;
esos génios de luz, esos espíritus
que pueblan los espacios y los cielos...

. . . .

Todas esas creaciones del artista
cuando cierro los párpados contemplo,
y es que, sin duda, el mundo de esos seres,
ese gigante mundo, es mi cerebro.

¡O MORES!

—

Vende una jóven su honor
por un pedazo de pan,
y la insultan con afan
y la muestran con horror.
Otra, sin sentir amor
pero con sed de dinero,
se casa con un banquero;
y—¡bien, bravo!—el mundo grita.
A la dama felicita
y la adula lisonjero.

UNA REPRESENTACION DE OTELO.

Entré en el Coliseo
á ver el bello drama
de Sáspir, esa obra
raudal de sangre y lágrimas.
En un lujoso palco
aquella noche estabas,
como en su rico trono
la diosa de las gracias.
El raso y pedrería
tus formas circundaban;
te hallabas seductora,
y más que nunca, pálida.
Un medallon de oro
lucía en tu garganta,
cual sol resplandeciente
en un cielo de nácar.

Los nardos que, amoroso,
te dí por la mañana,
reflejos y perfumes
sobre tu pecho daban.

Tu esposo, mudo y frio,
detrás de tí se hallaba.
¡Detrás del claro dia
la negra noche aciaga!

Cuando, iracundo, Otelo
la faz severa y trágica,
aquel pañuelo célebre
á su mujer mostraba,

Noté, que de tu pecho
entre la leve gasa,
sonrisas elocuentes
los nardos me mandaban.

Á MEDIA NOCHE.

¡Oh! permets, charmante fille,
j'enveloppe mon cou avec tes bras.

HAFIZ.

Choca tu dulce boca con la mia,
mujer deslumbradora;
y brotará la ardiente poesía
que mi mente atesora.

—

Deja, deja que rompa ese lujoso
traje de terciopelo
que oculta, como amante cariñoso,
de tu belleza el cielo.

—

Quiero una bacanal régia y grandiosa;
que el dios de los amores
en ella cubra tu cabeza hermosa
de perfumadas flores.

—

Un banquete de dioses, una orgía
tan rica y deslumbrante,
que exceda á la más bella fantasía
del genio más gigante.

—

Que esté el salon cubierto de brocados,
y telas suntuosas;
la mesa, de manjares delicados
y de divinas rosas.

—

Y que haya esos licores deliciosos
coronados de llamas,
que engendran en la mente luminosos
y bellos panoramas.

—

Los generosos vinos espumantes
dejemos al olvido;

¡quiero beber en copa de brillantes
el oro derretido!

—

Y cuando de estos goces y delicias
esté mi pecho lleno,
espirar entre besos y caricias
reclinado en tu seno.

LA MÚSICA.

Á MI PADRINO EL CONDE DE TORRES-CABRERA.

ALEMANA.

Es el rumor de hirviente catarata
que en los abismos sus cristales quiebra;
del lúgubre cañon el estampido;
el sublime fragor de la tormenta;
el colérico grito de los mares
«cansados de luchar con sus cadenas;»
el acerado choque de las armas;
del bélico clarin la voz guerrera;
el gigante concierto de los mundos;
el son valiente de la trompa épica,
y el ritmo eterno, armónico y grandioso
de la máquina inmensa de la tierra.

ITALIANA.

Es el rumor del beso apasionado;
del áura los dulcísimos poemas;
las notas que del lago se levantan
en las noches azules y serenas;
la cancion de los silfos á las flores;
de las arpas de oro las cadencias;
el ¡ay! desgarrador del moribundo;
el canto seductor de las sirenas;
el suspiro amoroso de las vírgenes;
de las aves canoras las endechas,
y las mil armonías de los bosques
que los espacios infinitos pueblan.

FRANCESA.

Es el rumor ardiente de la orgía;
la barcarola rítmica y ligera
que las náyades cantan recostadas
en sus esquifes de coral y perlas;

el canto del amor y los placeres;
el crujido del raso y de la seda;
el *allegro* monótono que entona
la bola de marfil en la ruleta;
las sonoras y alegres carcajadas
de Paul de Kock; la voz de las grisetas;
de Beranger los cantos populares
y el choque de las copas de Bohemia.

LA DIANA.

—

(DE HEINE.)

Toca, toca el tambor y pierde el miedo,
y abraza á la preciosa cantinera;
este es el gran sentido de los libros,
esta es la ciencia.

—

¡Que tu tambor al mundo adormecido
de su sueño despierte!
¡Jóven, toca con fuerza la diana!
¡Siempre adelante y á tambor batiente!

—

Esta es de Hegel la profunda ciencia,
este es el gran sentido de los libros.
Yo los he comprendido á maravilla;
soy buen tambor y aprovechado chico.

EL CORAZON DE UNA HERMOSA.

PRÓLOGO.

Manuel en una noche del estío
en el sereno azul clavó los ojos;
encendió un aromático veguero,
y escribió esta novela. *Fin del prólogo.*

I.

RETRATO.

Era el capitan D. Juan
jóven bello y decidor;
apuesto, rico y galan,
y por su porte y valor
llamado *El gran capitan.*

Dorados vinos bebía,
con esplendidez jugaba
y lindos trajes vestía;
y, calavera, pasaba
el tiempo en perenne orgía.

Como el héroe conocido,
que Espronceda nos pintó,
Don Juan nunca recordó
dinero por él perdido
ni mujer que abandonó.

Era nuestro capitan
en la esgrima gran maestro;
en los salones galan,
y en hacer saltar, muy diestro,
los tapones del champan.

En fin, por su corazon,
por su riqueza, hermosura
y ardiente imaginacion,
era Don Juan la figura
de la misma seduccion.

II.

EN LA REJA.

—¿Te vas, mi corazon, mi amor primero?
—Me marcho ya, querida;
mas ántes, que me des un beso quiero.
—Con él toma mi vida.
—Adios, adios mi gloria, mi alegría.
—¡Ay, Juan! ¿me olvidarás?
¿Serás infiel á mi cariño, un dia?
—Jamás, Rosa, jamás.

III.

ROSA.

Rosa, jóven divina y vaporosa,
formada del aroma de las flores;
dulce como cancion de ruiseñores;

cual noche de esponsales, deliciosa.
Era de honor encantadora marca
su pecho; en su pupila penetrante
fulguraba una página del Dante;
en su faz, un soneto de Petrarca.
Su cuerpo era conjunto primoroso
de estrellas y jazmines. ¿Quién diría
que bajo forma tal palpitaría
un corazon tan grande y poderoso?
Rosa, jóven divina y candorosa,
del bello capitan enamorada...
¡Cuán infeliz, vendida y desgraciada
fuiste por el amor...! ¡Ay pobre Rosa!

IV.

EN EL BAILE.

En el soberbio palacio
del marqués de la Pradera,
arde el placer, vibra el gozo,

hierve, esta noche, la fiesta.
Ved: es un baile de máscaras
con que los dueños celebran
el próximo casamiento
de su angelical Eugenia.
Nuestro alegre capitan
es el prometido de ésta;
Don Juan, que hoy es objetivo
de los hombres y las bellas.
El salon está poblado
de máscaras pintorescas,
de hermosísimas mujeres
con vestiduras espléndidas.
Torrentes de luz se escapan
de las grandiosas lucernas;
brillan los limpios cristales;
los diamantes centellean;
se iluminan los tapices;
resplandecen las diademas,
y en todo el salon se aspiran
embriagadoras esencias.
El capitan va vestido

á lo Luis XIV; lleva
un elegante sombrero
con rizada pluma negra,
traje de raso y encaje
todo bordado de perlas,
y una reluciente espada
á la cintura sujeta.
Eugenia, más seductora
que nunca, viste de Ofelia:
corona de blancas flores
su frente preciosa ostenta,
y su cuerpo la sublime
túnica de nieve, aérea.
Risas, suspiros y voces
despide la concurrencia;
sólo una máscara grave
en un ángulo se observa.
Viste el traje de *Pierrot;*
gracioso antifaz de seda
cubre su rostro, y extraña
la multitud vocinglera,
que nuestro *Pierrot* sombrío

lleve una espada en la diestra.
Éste ve al capitan solo
y le dice con voz seca:
« Sois un bandido, Don Juan;
y por Dios, que la existencia
he de quitaros. » « Villano,
calla ó te arranco la lengua. »
Así Don Juan le replica
y al mismo tiempo le muestra
del palacio suntuoso
la riquísima escalera.

V.

LA MUERTE.

Don Juan, como buen soldado,
es gran tirador de espada;
y de una fiera estocada
al *Pierrot* ha atravesado.
Éste exclama: « Feliz soy;
adios, muero sin dolor;

me arrebataste el honor
ayer, y me matas hoy.»
El capitan con incierta
mano el antifaz le quita;
y, al verle el semblante, grita:
«¡Rosa! ¡Infeliz! ¡Muerta, muerta!»

LA CATARATA Y EL RUISEÑOR.

I.

Desplómase la ráuda catarata
envuelta en luz y plata,
rompiendo en mil pedazos su diadema;
al abismo se lanza y precipita,
y ruge, canta, grita,
formando con sus ritmos un poema.

—

Al ver sus vestiduras y cendales
cubiertos de cristales
y de resplandeciente pedrería,

un ruiseñor contémplala extasiado,
y canta entusiasmado
sublime y amorosa melodía.

—

Y en torno del torrente que flamea
el pájaro aletea;
moja en el agua límpida su pluma,
y por la catarata arrebatado
el pajaro, asfixiado,
en el abismo rueda entre la espuma.

II.

El vicio es una hirviente catarata
que ráuda se desata
y en el oscuro abismo se despeña;
y al mirar su diadema de brillantes,
su luz y sus cambiantes,
el alma, alguna vez, suspira y sueña.

—

Y el alma clava su pupila ardiente
 en el claro torrente,
y agita, en torno de él, sus níveas alas;
y henchida por el gozo resplandece,
 y canta y se estremece
al mirar tanta luz y tantas galas.

—

¡Ay del alma ligera y atrevida
 que ciega y seducida
por el brillo y rumor de la cascada
en ella bañe su ligera pluma...!
 Envuelta entre la espuma
rodará en el abismo destrozada.

[143]

ÍNDICE.

PÁGS.

